

Mi nombre lo eligió la persona que trabajaba en el Registro Civil. Esto es algo que escuché durante mi infancia y que nunca me he preocupado en confirmar. Es más que posible que no fuese así, que sea un recuerdo inventado, como tantos otros. Pero me gusta pensar que así fue, que el romanticismo y la vacilación de nombrar una vida que está por suceder fuese sustituido por el impulso práctico de tener que rellenar un documento burocrático para pasar al siguiente, casi como una predicción analógica de las muchas decisiones que los algoritmos toman por nosotros. También me gusta pensar que es por este recuerdo de dudosa autenticidad que los nombres de mis proyectos nunca son míos. Son préstamos de ideas y palabras que están en otros lugares. En el mejor de los casos, provienen de hallazgos inesperados que reconocemos como importantes y significativos. Esta situación, que recibe el nombre de serendipia, nos hace a menudo encontrar lo que buscábamos sin saberlo. También nos dice que el camino está en los desvíos y que las decisiones nunca son en línea recta.

Uno de los efectos de la serendipia es que nos convierte en semiólogos involuntarios a la caza de signos. También transforma la realidad en un texto lleno de significados ocultos y direcciones ambiguas. Esto es algo que les sucede con frecuencia a las personas enamoradas. Para ellas toda la realidad es un sistema de signos al acecho que remiten una y otra vez a su historia de amor. Al escribir esto me doy cuenta que *Romantic Bullets Position Effectively* pareciese querer referirse a esta situación que Roland Barthes describe en un libro que no he leído: proyectiles románticos que se posicionan eficazmente. Pero la intención de este título impremeditado era otra: permitir que fuese un algoritmo el que diese nombre a una exposición. Dejar la posición del autor en manos de una máquina. Pero escribir es hacer sentido sobre cosas que se escapan y resisten al sentido, hacer que la realidad ocupe una forma. Pensar es también el peligro de hacer línea recta de los desvíos y las torsiones. Por eso es tan difícil escribir en forma de trenza o de laberinto, ver aquello que nos hace ver, hacer un viaje de ida y vuelta sin transformar su propio origen.

Mi afición por leer el diccionario como si fuese un libro más me hizo darme cuenta rápidamente de que las palabras tenían varios usos, literales y simbólicos. Saltar entre sus definiciones y ejemplos me hizo percibir y entender cómo la ideología se infiltra en el sentido de las palabras, retorciendo su presunta imparcialidad. Todo aquello que tiene que ver con el desvío, con lo torcido, con la torsión, con los giros involuntarios sugiere algo negativo. Cuando las cosas se tuercen es porque no van bien; cuando las cosas no van bien es porque se tuercen. Cuando las complicamos innecesariamente, pudiendo evitarlo, estamos rizando el rizo. El valor moral de la línea recta es mayor que el de la curva. Los itinerarios rectos se imponen sobre las bifurcaciones, los desvíos, los callejones sin salida, las interrupciones, los viajes sin ida y sin vuelta. Lo principal no quiere ser molestado por lo secundario. El cuerpo del lenguaje se concentra en el pie de la letra. Incluso aquello que nació para ser rebelde o desobediente termina por convertirse en disciplina. Lo irracional es bienvenido, siempre y cuando sea razonable.

La norma tácita hace que la mayor parte de exposiciones tengan un concepto, algo que las sujete al lenguaje: una palabra, un término, una noción, una historia que haga relato con los balbuceos del proceso. Reconozco que en *Romantic Bullets Position Effectively*, cuando era un deseo que no tenía un nombre, la noción de “twist” apareció antes que la imagen que terminaría por relevar a esta palabra. El recuerdo de uno de mis helados preferidos de la infancia fue parte de las primeras conversaciones con cada una de las artistas para llenar un espacio que normalmente se entrega al discurso. Es un helado torcido, de colores fuertes que giran a la vez con la promesa de llegar a mezclarse y desaparecer en la boca. De esta imagen me gusta especialmente que tiene sabores y cambios de temperatura, propiedades de la realidad que no son fáciles de invitar e incluir en una exposición y que sin embargo existen en sus procesos y en las obras. También me gusta que es una imagen con (algo de mal) gusto, que se desvía de la seriedad y distinción de las teorías. Intentar hacer discurso de ella es un movimiento forzado, una deformación contra-dice la espontaneidad de la propia imagen. Todavía no sé por qué esta imagen apareció para ayudarme a expresar un deseo que se ha movido como una dirección en curva. Y creo que quizás no es tan importante saberlo, porque sigue activo, cambiando de dirección y significado, haciendo que cualquier posición sea tan efectiva como insegura.

Sonia Fernández Pan